



Jacobo Feijóo
Martín Rodríguez

Colillos

Misterio en Navidadía



TINTA
algar



–Pues yo lo noto muy raro. ¿Estás seguro de lo que dices? –le comenté a Lazlo.

Mi amigo el científico volvió a mirarlo de refilón, asintió con la cabeza y puso el dedo índice sobre su vademécum. Muy seguro de sí mismo, afirmó:



Me quedé contemplando a Chong Duy. Estaba sentado en el suelo, justo delante de mi teléfono. Torcía ligeramente la cabeza mirando a la lejanía, tenía una sonrisa bobalicona y abría mucho los ojos, con unas pupilas que parecían corazones.

–¡Se nos ha enamorado!
–exclamé yo subiendo los brazos al aire y no falta de preocupación–. ¡Lombrices!
¡Murciélagos! ¡Esto no me lo esperaba! Pero ¿qué le ha pasado?



Observé el teléfono y miré la pantalla por si podía enterarme mejor de lo que estaba ocurriendo. En ella se veía la foto de una *influencer* llamada **PinkChanchita**. Estaba dedicada a mi mascota:



Fruncí el entrecejo y sacudí la cabeza, molesta por lo que veía:

–¡Has entrado con mi perfil! ¡Eso no está bien! ¡No te he dado permiso! ¡No se puede usar el perfil de otros de esa manera! ¿De dónde has sacado mi contraseña? –Pero, por más que yo le reñía, Chong Duy parecía no oírme y flotaba en sus ensoñaciones de enamorado.

Iba a echarle en cara que el perfil de una persona en redes sociales es algo muy personal y muy serio cuando unos golpes sonaron en la puerta y me interrumpieron. Alguien estaba llamando a nuestra agencia paranormal *Mortis Causae*.

Me dirigí hasta la entrada y abrí. Ante mí estaba plantado el Piños, muy agitado.

–*Carmilla*, ¿no sabes lo que me ha pasado!

–Pues la verdad es que no. ¿Un camión por encima? ¿El tiempo? ¿Se te ha pasado el arroz? ¿Te ha pasado algo pesado, pisado, posado o quizá pausado?

El Piños continuó su explicación, soltando babas a diestro y siniestro:

–¿Recuerdas a mi amigo *Rodolfo*, de clase?

¿Rodolfo? ¿Rodolfo de clase? Hummm... Por un momento hice memoria tratando de pensar en ese tal Rodolfo. Tras unos cortos instantes un recuerdo vino hasta mí y asentí con la cabeza, sonriendo.

–¿El que siempre tenía frío y la nariz colorada?

–¡Ese mismo! ¡Pues se ha ido a vivir a *Navidalia*!

Me quedé callada. *Necrontia* era un lugar muy grande que tenía dentro otros sitios más pequeños, como si fuesen las provincias de vosotros, los *convencionales*. Uno de esos sitios era la remota Navidalia.

En Navidalia había millones de abetos que siempre estaban nevados y la costumbre local consistía en



decorarlos con pequeñas luces y adornos que colgaban de ellos. Tenía una comunidad muy grande de duendes cuyos emigrantes ancestros habían llegado unos siglos atrás desde otro mundo fuera de Necrontia. Los navidarios tenían una importante industria juguetera. Además, siempre resultaban ganadores cuando cantaban villancicos en el concurso internacional de **Necrontiavisión**, que se celebraba una vez al año. Su alcalde era de origen irlandés y se llamaba Papán O'El.



–¿Y que Rodolfo se haya ido a vivir a Navidalia es algo importante? –le pregunté al Piños, sin entender nada de lo que me estaba diciendo.

–¡Lo es! –babeó las palabras, claramente emocionado–. ¡Vaya si lo es! ¡Puedo jurarte que lo es! ¡Del derecho y del revés, lo es! ¿Y sabes por qué?

–¿Por qué? –contesté intrigada, ya totalmente metida en su historia.

–Porque... –y aquí el Piños bajó la voz para hacerlo todo más misterioso– en Navidalia ha ocurrido algo muy extraño.

Tragué saliva. Ya no me cabía duda de que tenía un nuevo caso misterioso entre las manos. Mis músculos se tensaron de la emoción. Entonces noté que algo rozaba mi espalda, me giré de golpe y pegué un brinco. Al darme la vuelta, pude ver a Lazlo y a Chong Duy mirando al Piños por encima de mi hombro. También estaban intrigados y un poco asustados. Se escondían detrás de mí.

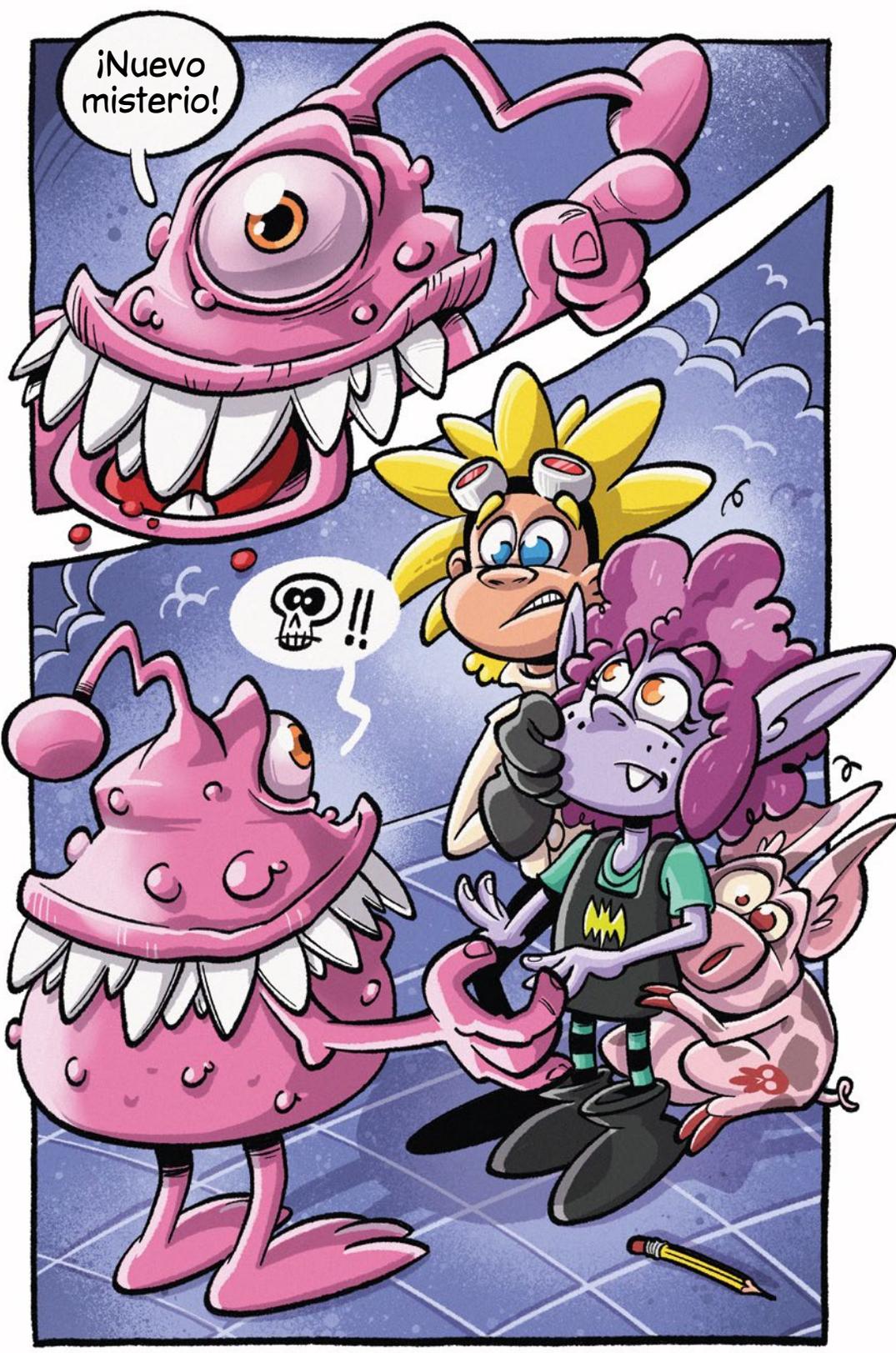
–¡Ey, vosotros dos! –protesté–. ¡Cobardicas! ¡El Piños aún no nos ha contado nada y ya estáis los dos muertos de miedo! ¡Y me estáis empujando! ¡Jo! ¡Vaya birria de investigadores paranormales tengo en el equipo!

El Piños agitó las manos ante sí para pedir calma a todo el mundo, interrumpió de ese modo mis quejas, y continuó su explicación:

–Rodolfo me ha dicho que en Navidalia ha aparecido un ser que nunca antes habían visto. Ronda de noche entre la nieve, y los que se han encontrado con él dicen



¡Nuevo misterio!



que es terrorífico. Nadie sabe quién es ni qué quiere, pero los asusta mucho. ¡Hay que aclarar ese misterio! ¿Aceptarás el caso?

Me froté el colmillo derecho, que es un gesto que siempre hago cuando necesito pensar. Entonces recordé que mi prima lejana Inés vivía en Navidalia. Podía aprovechar el viaje e ir a verla. Quizá supiese algo de ese monstruo, ¡o incluso sobre mi origen! Con suerte, me daría alguna pista que me ayudase a entender el motivo por el cual soy una vampira, el gran misterio sobre por qué no conseguía recordar mi pasado de ninguna manera. La idea, debo decirlo de paso, me seducía mucho.

–¿Y vosotros dos qué pensáis? –le pedí la opinión a mis amigos, que seguían usándome para taparse. Por muy líder que sea, una no puede ir por la vida tomando decisiones en nombre de los demás. Era importante contar con ellos.

Todo lo que pudo hacer Lazlo fue agitar la cabeza para decir que sí se apuntaba, aunque le castañeaban los dientes. Le encantan estos casos extraños, pese a que siempre se muere de miedo. Chong Duy, por su parte, ya estaba otra vez medio tonto mirando a un punto de la lejanía y con sonrisa bobalicona. Creo que mi mascota no estaba como para decidir nada, así que tuve que hacerlo yo. Eso de estar enamorado deja a la gente medio anulada. De todos modos, todavía tenía pendiente con



él una conversación muy seria por lo de mi teléfono, y estar medio abobado no iba a servirle de excusa para librarse. ¡No me la iba a colar!

Resoplé y sacudí la cabeza con resignación. No me quedaba más remedio que aceptar el caso. Era mi deber ayudar a los habitantes de Necrontia.

–¡Trato hecho, Piños! Iremos a Navidalia y resolveremos el misterio –respondí con determinación–. Buscaré un modelo de la última temporada de invierno de Tzara en mi armario y...

Aunque con el ajetreo de preparar el viaje no me di cuenta, en ese momento alguien acababa de enviarme un mensaje directo a mi perfil social.

